

El moderno Adam Smith

("The Economist" de 14-20 de Julio, edit.)

Cuando, en 1981, Ronald Reagan llegó a la Casa Blanca, se puso de moda en Washington que los hombres llevaran corbatas con el perfil de un filósofo escocés del siglo XVIII. Diez años más tarde puede verse el mismo perfil, ocasionalmente, en camisetas deportivas en Moscú, Varsovia o Praga. Adam Smith murió hace 200 años. Exactamente, el 17 de Julio de 1790. Nunca como ahora había tenido tanta aceptación el sistema de organización económica que él explicó y propugnó de manera tan memorable.

Smith no inventó la ciencia económica ("economics"). Como hizo observar Joseph Schumpeter, "La riqueza de las naciones" no contiene "ni una sola idea analítica, ni un principio o método que fuera del todo nuevo". El éxito de Smith fué juntar una variedad enciclopédica de intuición, información y anécdota, destilando de todo ello una doctrina revolucionaria. La obra maestra resultante fué con el tiempo el libro que más ha influido en economía de todos los que se han publicado. Sobre todo, una gran parte de él se refiere directamente a cuestiones que son aún de palpitante actualidad.

La lástima es que el gran libro de Smith, al igual que la mayoría de los clásicos, sea más citado que leído. Todos los bandos participantes en el debate actual sobre política económica se han aprovechado de la obra de Smith acomodando el pensamiento de este a sus conveniencias respectivas, aunque esto suponga la distorsión del mismo. Puede pensarse que un Smith reencarnado no sería miembro ni siquiera del Partido Laborista de Neil Kinnock; y si su espíritu todavía contempla la evolución de lo que ocurre, sin duda habrá celebrado el colapso del comunismo. Pero también debe sentir ansiedad por decirles y aclararles un par de cosas a los políticos que, sin su delicado perfil, se han aprovechado de su reputación.

Hoy, Smith es considerado como el campeón intelectual del propio interés ("self-interest") personal. Esto es un error. Smith no vió virtud moral alguna en el interés propio. Por el contrario, sí descubrió sus peligros. Todavía menos fué Smith un defensor del capital frente a la mano de obra (hablaba de la "rapacidad mezquina" de los capitalistas), o de la burguesía emergente frente a la gente común. Sus recelos ante las actitudes egoistas y su respecto por la gente en general aparecen claramente en una de sus observaciones más conocidas: "las gentes del mismo oficio se reúnen algunas veces los unos con los otros, incluso para su diversión y jolgorio, pero estos contactos suelen acabar en una conspiración contra el público o en alguna maquinación para elevar los precios".

Lejos de elogiar el egoismo como virtud, Smith, simplemente, hizo observar que es una fuerza económica dinámica. En "La riqueza de las naciones" Smith explicó cómo este impulso potencialmente destructivo es controlado en provecho del bien de todos. ¿Qué es lo que puede evitar que la codicia de los productores haga que estos eleven sus precios hasta el máximo que puedan pagar sus clientes? La respuesta es la competencia. Si los productores suben excesivamente sus precios crean una oportunidad para que uno o más de entre ellos se aprovechen de la situación vendiendo a mejor precio y, por consiguiente, más. Es así cómo la competencia domina al egoismo y regula los precios. Al mismo tiempo regula la cantidad de producto. Si los compradores desean más pan y menos queso, su demanda hace posible que los panaderos incrementen sus precios y obliga a que los fabricantes de queso bajen los suyos. Los beneficios de la producción de pan aumentarán y los de la producción de queso descenderán. Tanto el esfuerzo como el capital se trasladarán de una actividad a la otra.

A través de la percepción de Smith resulta posible maravillarse una vez más ante este mecanismo tan extraordinariamente poderoso y saborear, como hizo él, la paradoja de una ganancia privada de la que resulta un provecho general. Pero la maravilla es todavía mayor hoy, dado que las

fases por las que pasa un producto industrial moderno hasta que este llega a las manos de su consumidor son infinitamente más complejas que las descritas por Smith. Debe recordarse que en su tiempo una fábrica era aún una novedad. Los productos manufacturados eran pocos y simples.

Un automóvil moderno está hecho con materiales básicos que han sido obtenidos en países distintos, muy alejados los unos de los otros, y de los que resultan miles de productos intermedios, los cuales, una vez acoplados por empresas muy diversas, darán lugar al producto final. El consumidor no tiene por qué saber nada de todo este proceso, de la misma forma que el trabajador que obtuvo el caucho para los neumáticos ignora -y poco le importa- cual será el destino último de la materia prima que él extrajo o consiguió. Cada una de las sucesivas transacciones es voluntaria. El interés personal y la competencia, calladamente, procesan enormes cantidades de información y dirigen la corriente de productos, servicios, capital y mano de obra, igual que ocurría en el mundo más elemental de Smith. Por amplia que fuera su visión, sin duda se habría sentido impresionado ante el espectáculo de la economía presente. Por supuesto, el hombre moderno también ha descubierto otras cosas. En efecto, con gran esfuerzo e ingeniosidad, y con la sistemática negación de la libertad personal, los estados pueden renunciar al interés personal y a la competencia y suplantarse la mano invisible del mercado por una administración colectiva y con una visible tabla imput-output. Pero el resultado de ello es una lista de espera de cinco años por conseguir un Trabant.

Puesto que Smith estaba convencido de que el mercado, literalmente, ofrecería los productos, quería que fuera dejado solo. Decía Smith que el Estado debía limitar su actuación a tres tareas principales: la defensa de la gente frente a "la violencia y a la invasión de otras sociedades independientes"; la protección de cada miembro de la sociedad contra "la injusticia o la opresión de todos y cada uno de los otros miembros de la misma"; y la provisión de "algunas obras e

instituciones públicas que no pueden ser creadas o mantenidas por el interés de un solo individuo o de un pequeño grupo de estos". Cada una de estas funciones nace del hecho de que el mercado tiene algún que otro fallo.

El pensamiento de Smith, por consiguiente, parece permitir una considerable intervención del Estado. Súmese algún añadido económico moderno y se abren las compuertas. Por ejemplo, los teóricos han mostrado que si un solo precio de una economía es distinto del precio de competencia, la eficacia puede requerir que todos los otros precios se vean también más o menos distorsionados. De esto deducirán algunos que una menor intervención estatal no puede asegurarse que sea lo mejor. La misma competencia ha variado hasta llegar a ser irreconocible. La economía moderna, se dice, está presidida no por un gran número de pequeños productores sino por un puñado de empresas gigantes y de sindicatos monopolistas. ¿Y qué decir de los problemas de la contaminación moderna, que Smith, por supuesto, no pudo siquiera imaginar?

¿Resultará de todo ello que "La riqueza de las naciones" ya no sirve? La respuesta es la contraria: el mundo la necesita más que nunca. A pesar del colapso del comunismo; a pesar del triunfo de la economía de mercado; a pesar de Ronald Reagan y de Margaret Thatcher, se acepta prácticamente en todas partes un gran papel del Estado en casi todos los campos de la vida económica. Esto no es así porque hayan vencido las teorías que señalan los fallos del mercado. No han vencido. Es porque la gente se ha acostumbrado tanto a la acción penetrante del Estado que ha dejado de notarla.

Sobre todo, muchos han olvidado algo que Smith vió con claridad: que cada ventaja concedida por el Estado a una parte de la economía sitúa al resto en una posición de desventaja. Consiguientemente, Smith no habló de "intervención" ("intervention") -un vocablo demasiado neutral- sino de "trato de favor" ("preference") y de "limitación" ("restraint"). Los gobiernos modernos ofrecen tratos de favor como si no tuvieran coste alguno. Los beneficiarios lo exigen como si de un derecho

se tratara. Considérese un pequeño pero revelador ejemplo de la Gran Bretaña promercado de Thatcher. Representantes autodesignados de la poco boyante industria cinematográfica del país visitaron recientemente a la primer ministro para pedirle alguna subvención. Sus argumentos eran estos: a) las subvenciones se financiarían a si mismas, gracias a los impuestos que se pagarían por las rentas adicionales que obtendría el sector; b) se reduciría en él la mano de obra; c) sería un escándalo que el Reino Unido no continuara produciendo muchas películas. Nadie se rió por ello. Tanto es así que la gestión encontró una calurosa acogida: la misma noche una prensa jubilosa anunció que se concedería la sector una subvención de 5 millones de libras.

¿Qué hubiera pensado de ello Adam Smith? Habría señalado que las subvenciones no se financian por si mismas sino que se pagan con impuestos. Habría dicho que los contribuyentes, obligados a gastar dinero en películas que no quieren, gastarán menos en cosas que sí desean, de forma que otros productores venderán menos, ganarán menos y emplearán a menos gente. Y habría añadido que no hay nada en el mundo que indique que los consumidores necesitan que la primer ministro o este o aquel personaje influyente les diga que Gran Bretaña ha de tener una industria cinematográfica.

Pero Smith hizo más que revelar el castigo por cada uno de los tratos de favor. También entendió que los ministros, al igual que los mercados, fallan. Una gran virtud de la libre competencia, dijo, era que "el soberano queda liberado de una obligación difícil, para el cumplimiento de la cual toda la sabiduría y todos los conocimientos del mundo resultarían insuficientes". Muchas de las razones que hacen que los mercados fallen también explican que las autoridades fallen asimismo en las mismas tareas. Si los consumidores se niegan a revelar sus preferencias en el marco de un mercado, ¿cómo van a conocerlas los gobiernos? Con demasiada frecuencia, además, la intervención estatal es en si misma la causa del mal funcionamiento del mercado, lo que a su vez es motivo de una

mayor intervención oficial, etc. En Gran Bretaña, recuérdese el trato fiscal de favor por la vivienda, los controles de los alquileres, etc; en Norteamérica, piénsese en las exenciones por razón de créditos, en el seguro de los depósitos, en la adquisición de empresas por los administradores de estas ("leveraged buy-outs"), en la regulación de los mercados financieros.

En un aspecto esencial los argumentos de Smith tienen aún más fuerza que en sus días. Naturalmente, Smith propugnó el libre comercio. "Mediante la utilización de invernaderos y otros artilugios se puede obtener muy buena uva en Escocia, de la que cabría sacar muy buen vino, a un precio treinta veces superior a aquel al que el mismo vino puede comprarse en otros países. ¿Sería razonable prohibir la importación de todos los vinos extranjeros sólo para estimular la producción de clarete y de borgoña en nuestro país?" Dos siglos más tarde el libre comercio no es sólo una cuestión de mejor o más bajo precio. Es también la mejor manera de obligar a competir a productores que de otra forma disfrutarían de posiciones semimonopolísticas. Es una perfecta locura quejarse de que las grandes sociedades de hoy hacen que la mano invisible pierda toda su fuerza, y concluir que deben erigirse barreras contra el comercio. Comercio y competencia se necesitan mutuamente hoy más que nunca.

Smith fué un pragmático. Los principios que propugnó sobre el adecuado papel del Estado son flexibles. Incluso tal vez demasiado flexibles. Constituyen el testimonio de que los mercados imperfectos son casi siempre más inteligentes que los gobiernos imperfectos, aunque no pueden trazar la línea que separe la intervención buena de la intervención mala. Con todo, si los gobiernos y los electores pudieran ser dirigidos por dos preceptos smithianos, el sistema predominantemente de mercado que ha funcionado tan bien podría funcionar todavía mejor.

Primero, la confrontación competitiva egoísmo propio frente a egoísmo ajeno, por imperfecta que sea, crea sus propias salvaguardas. Antes de que los Estados ejerciten su

poder monopolístico para eliminarla, deben justificarse. A ellos les corresponde la carga de la prueba. Segundo, cuando se considera que los tratos de favor o las limitaciones son necesarias, utilídense las fuerzas del mercado para aplicarlos o ejercerlos. Los aranceles son mejores que los contingentes; los impuestos sobre la contaminación han de preferirse a las prohibiciones o a los controles directos; la asignación de recursos por los precios (v.g., en materia de atenciones médicas, o de educación) es mejor que la asignación por real orden, incluso en el caso de que después los servicios vayan a ser "gratuitos" ("free") (no se olvide nunca el entrecomillado) para los consumidores.

El aniversario, el 17 de Julio, constituirá una oportunidad para que los políticos elogien a Adam Smith o para rechazar sus puntos de vista como referidos a otro mundo. Pero todos ellos harían bien en emplear una o dos horas consultando la más grande de las obras del filósofo escocés.

---